

XV

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

¿Conque es verdad que te casas, hija mía? ¡Bendito sea Dios, que me concede, antes de morir, la dicha de verte en el puerto de paz! Tu suerte era mi cuidado constante, y yo no sabría explicarte con cuánto fervor pedía al cielo que te desparase un compañero que te prestase su apoyo para cruzar los senderos de la vida.

Yo volaría á Madrid, mi querida Eufemia: yo quisiera ir al instante á tu lado; pero desde ayer me es de todo punto imposible dejar esta casa: un deber muy triste me retiene en ella: una de mis amigas, á quien tú conoces, la Marquesa de Uclés, acaba de morir, y me ha nombrado tutora de su hija única, Cintia, que sólo cuenta diez y siete años.

La pobre niña ha venido á mi lado no bien ha dejado enterrada á su madre, y la carta de los albaceas de la Marquesa, en que me anunciaban su última voluntad, llegó á mi poder dos horas después que la pobre huérfana: Cintia de Uclés es un ángel, y tan bella, que me dejó muda de admiración: imagínate, hija mía, cuál sería mi asombro al ver entrar á una niña vestida de luto, que

se arrojó en mis brazos llorando, y á la cual no reconocí al pronto, pues hacía tres años que no la veía: su pobre madre ha muerto en Niza, de una afección al corazón, después de haber visto espirar á sus tres hijos mayores. Cintia es la única que ha quedado con vida, y era la menor: su madre, mucho más joven que yo, ha sido una mártir, y marchó á tierra extranjera ansiando ver si podía conservar la vida de alguno de sus hijos, todos atacados de una despiadada enfermedad de pecho; pero todos, y su madre con ellos, han caído heridos de muerte.

Vén, pues, tú aquí, hija mía: aquí se celebrará tu casamiento: mi pobre pupila se halla bastante enferma, y no sé si esta delicada flor podrá resistir la fuerza del huracán que la ha combalido.

Aun no ha podido dejar su lecho, y creo que la fiebre no la abandona un instante: la desgraciada niña adoraba á su madre, ejemplar y tierna, y no tenía otra afección que la suya que la ligase á la tierra: ahora en vano trata de consolarse de su pérdida; sus ojos y su corazón hallan doquiera el vacío: no sé qué hacer para distraerla, y me es imposible dejarla de la vista un instante.

La carta que su madre dejó escrita para mí, y que ella me trajo, está llena de ternura y desesperación: «Sólo en tí confío—me dice—para verlar por esta desgraciada niña, atacada acaso del

mismo mal que toda su familia, y dotada de las más nobles cualidades de corazón y de carácter.»

Me pide que la haga tu amiga y tu hermana, que no la abandone jamás, que sea su madre, en una palabra: así, pues, hija mía, te ruego que vengas para que pueda encargarte este depósito sagrado, del que cuidarás si yo falto.

Modesta no puede ayudarme cerca de esta desgraciada niña, porque ha marchado por unos días á casa del señor cura: ella misma me manifestó su deseo de dejar el castillo, y yo me alegré en el alma, pues tu hermano se iba enamorando seriamente de mi pobre maestra de escuela: esta joven es un tesoro, y merece un esposo mejor que Pablo, quien, atendidas las circunstancias de su carácter, no sabría hacerla dichosa.

Modesta se casará con Felipe, el hijo de Santiago Fernández, quien, como sabes, fué arrendador mío: ahora tiene una fábrica de azúcar, que el mismo Felipe dirige con gran acierto, haciéndola prosperar hasta tal punto, que su padre ha podido ya devolverme casi toda la suma que le adelanté para establecer su industria.

Así Santiago como su mujer, la buena Mónica, y todos sus hijos, adoran á Modesta, que será en su casa la paloma de bendición que lleve la abundancia y la alegría. ¿No es mejor para esta niña ser la esposa amada y respetada de un menestral como Felipe, que la infeliz compañera de un gran señor gastado como Pablo? Sí, hija mía, la felici-

dad consiste, sobre todo, en acertar cada uno con las condiciones que son necesarias á su modo de pensar, de sentir y de ser; si elegimos nuestra posición y nuestro sitio en el mundo en contra de estas condiciones, nuestra desgracia es segura, y toda la abnegación cristiana que podamos atesorar llegará sólo á hacernos soportar con valor nuestra cruz, pero no á hacérsola ligera.

Estas reflexiones me conducen á dar gracias á Dios por el destino que te depara: tú no puedes aún conocer lo que vale el esposo que te desea para compañera suya, como lo comprendo yo; y sin embargo, hija mía, yo no te diré que esté exento de defectos, pues los tiene en su índole, y además se halla, como tu hermano, estragado por los excesos de una vida disipada; pero tú irás descubriendo poco á poco los toques de luz y de sombra que haya en su carácter, y yo te prometo que te ayudaré con mis consejos y mi experiencia á la conquista de tu felicidad.

Por ahora, oye un aviso que no puedo menos de darte: si quieres agradar á Germán, sé elegante y cuida del adorno de tu casa y de tu persona: ésta es la primera condición que necesitas, si has de fijar un corazón que tu admirable belleza ha conquistado. Germán no podrá amar ni estimar á una mujer vulgar; ha llegado la hora de que aproveches los admirables talentos en coquetería de tu tía la Baronesa; que ella te ilustre, que ella dirija tus trajes y todas tus compras, sin exceptuar las

del mueblaje de tu casa; su gusto probado y distinguido me hace estar tranquila acerca de la elección en cuantas adquisiciones te sean necesarias.

He sabido el proyecto de tu enlace por mi amiga la Canonesa, madre del Conde, pues tú hace tiempo que no me escribes; hazlo ahora, hija mía; háblame del estado de tu corazón; tranquilízame, pues he sufrido mucho desde que recibí tu última carta, en la que se pintaba muy claramente el estado tristísimo de tu espíritu. ¡Oh Eufemia! ¡Ir tú á la iglesia para pasar el tiempo! ¡Entrar en la casa de Dios sin la firme y pura intención de orar con todo el fervor de tu alma! ¡Degenerar de cristiana en santurrona que piensa ganar más cuanto más reza, aunque sus oraciones carezcan de calor y de fe, y todo esto á los diez y ocho años de edad!

¡Dime, hija mía, dime que el amor ha regenerado ese corazón que se helaba ya, falto de ilusiones, antes de haberlas conocido; dime que la alegría y el apego á la vida viven en tí! El amor es sol que ilumina los horizontes de la juventud, y él habrá derramado su dorada luz sobre las negras nubes que te rodeaban: ama, Eufemia, ama: una joven de tu edad, sin amor, es como planta sin flores, como fruta sin aroma, como desierto sin agua y sin verdor. Más quisiera que amaras á un hombre indigno de tí, que verte sumergida por más tiempo en esa atonía moral, en esa indiferencia hacia todo, cuando nada conoces todavía.

Te espéro, y entretanto te abrazo y te bendigo.

ANA.

XVI

Esteban á Modesta.

Valencia, Mayo de 186...

Mi querida hermanita: Teresa está cuidando de Clementina, postrada hoy en el lecho con un poco de fiebre, y me encarga te escriba en su nombre.

Cumplo, pues, á su intención y á la mía tan grato cometido, y ante todo te felicito por tu prudente decisión de retirarte á casa del digno vicario, y por el valor con que la has llevado á cabo.

Sí, mi pobre niña; valor has necesitado y necesitas para obrar así: tú amas ya á ese hombre funesto; he visto la última carta que has escrito á tu hermana, y he leído en tu corazón.

Si tuvieras una enfermedad mortal, no te engañaría diciéndote que era una dolencia leve; te amo lo bastante para tener el valor de decirte la verdad, y te exhortaría á morir con cristiana resignación: ¿por qué, pues, he de ocultarte que estás enferma moralmente? No es cariño el engaño, sino crueldad; la verdad tiene algo de solemne y de augusto que cautiva, subyuga é impone respeto.

La Providencia no deja sin premio ningún esfuerzo generoso y noble, y separará de tu camino al enemigo de tu reposo.

—*Quien ama el peligro, perecerá en él*—dice la Escritura;—pero tú, que le huyes, vivirás tranquila y dichosa.

Felipe me escribe y me manifiesta todo su contento porque has salido del castillo; el pobre muchacho sufría cruelmente al verte expuesta de continuo á las asechanzas del señor de Hinestrosa; por lo que él ha observado y me comunica, ese hombre parece que había ya concebido formal empeño en triunfar de tu prudencia y tu reserva; ya ves que no llamo amor á esa terquedad; el amor tiene siempre manifestaciones nobles, y las de esa afición no lo eran; tú eres, sin duda, la primera mujer que se le ha resistido y que le ha mirado sin una ciega pasión, y esto le hiere y le subleva.

Si crees ser gravosa al señor cura y á la señorita Dorotea, vente con nosotros; en mi casa hay siempre un cuartito para tí, y un cubierto en mi mesa; tu hermana es completamente feliz cuando te ve á su lado, y los niños te desean como las flores desean un rayo de sol.

No estamos del todo tranquilos, te lo confieso; bajo ese techo bendito habitan la paz, la religión y la virtud; pero ¿de qué no es capaz ese hombre descreído y dotado de un talento infernal para la seducción? ¿De qué estratagemas puede servirse para engañarte? ¿Qué es lo que él no puede discurrir? Está muy prevenida, Modesta; desconfía de todo; no salgas sola jamás: si quieres venirte

con nosotros, buscaremos una persona de toda seguridad que te acompañe; pero en tanto estés ahí, cuenta con que Pablo te perseguirá sin cesar, con que será tu sombra, con que no dejará de poner estorbos en tu camino.

Ten fortaleza y valor, mi querida hermana, y tú llegarás al puerto de salvación. Felipe me habla de su proyecto de casarse contigo, y, si no lo hace hoy, es porque desea tener más comodidades que ofrecerte, y poseer una posición más digna de tí; con él serás dichosa, porque en él hallarás á la vez el protector, el amigo y el amante; él te amará como yo he amado á tu hermana y la amaré mientras viva, porque para un hombre honrado, mi querida Modesta, no hay más mujer que la propia.

Teresa no ha disfrutado de los beneficios de la fortuna conmigo; pobre era cuando me casé con ella, y pobre soy; pero ella se ha creído siempre dichosa, y si ha derramado lágrimas, han sido sólo de alegría; cuando pienso en esto, cuando pienso que he sabido hacer feliz á una mujer superior como Teresa, me lleno de un orgullo legítimo y noble, me hallo elevado á mis propios ojos, y me reconozco un mérito que en ningun otro terreno me concedería, porque tú sabes que soy poco vanidoso.

Ella me ha dado en cambio esa dicha constante y pura que tú darás á Felipe; en vez de ser la amada infeliz de ese opulento señor gastado y

enfermo del corazón, serás la esposa honrada, guarda fiel del hogar y amiga cariñosa del esposo; él se mirará en tus ojos, se recreará con el sonido de tu voz, y estará pendiente de tus labios; con la dulce é inquebrantable confianza conyugal dispondréis ambos, de común acuerdo, de vuestros modestos haberes; haréis juntos las compras; y los domingos, cuando Felipe deje sus cotidianos trabajos, os pasearéis del brazo por la grande avenida de los tilos que conduce á su quinta y que él está adornando con plantas de adelfa y de rosales, para cuando tú seas su mujer; ambos con la sonrisa en los labios, con tu mirada fija en la suya, con tu mano apoyada en su brazo que el trabajo ennoblece, haréis proyectos para el porvenir del primer hijo que esperéis, y más adelante veréis correr delante de vosotros dos ó tres pequeñuelos, de los cuales ninguno será feo, porque tú eres muy linda y Felipe es muy guapo y simpático muchacho; las niñas serán rubias y delicadas como tú; los niños morenos y fuertes como Felipe; tú personificarás la dulzura, la paz, el amor; tu marido el trabajo, la protección, la fuerza, la energía; y así hermanadas las condiciones de la verdadera felicidad, llenando cada uno su deber, ocupando su sitio, sin ambición, sin riqueza, pero también sin escasez, no temas que se altere el equilibrio de vuestra dicha y de vuestra tranquilidad.

Para Pablo de Hinestrosa hubieras sido tú una de tantas mujeres que él ha hecho infelices.

Para Felipe serás el ángel de su vida, la mujer superior á todas las mujeres.

¡Oh Modesta! ¡si tú pudieras hoy comprender la inmensa dicha que experimenta el hombre que, después de un largo y penoso trabajo, entra en su casa y halla su hogar risueño, preparada su comida, encendida su lámpara, y esperándole una esposa fiel y amada! Ya sabes que yo he trabajado toda mi vida más de lo posible, y que, por evitar á tu hermana un minuto de pena, he hecho á veces supremos esfuerzos de laboriosidad infatigable: pues bien, te aseguro que al entrar en mi pobre casita, al hallar á mi Teresa que me esperaba risueña, la mesa dispuesta al lado del alegre hogar, nuestra pequeña lámpara encendida, nuestro interior apacible y sosegado, no me hubiera trocado por el más poderoso emperador del mundo.

Sabiendo que mi mujer me ha ocultado siempre las mil molestias de la casa, yo le ocultaba mi cansancio y las mil fatigosas exigencias á que me veía sujeto; y este piadoso engaño nos ha llevado insensiblemente á olvidarlo todo, todo, menos nuestro amor y nuestra felicidad.

Tú eres tan buena como Teresa; como ella, tendrás á tu lado á un hombre que te ame más allá de tu juventud y de tu belleza, que te honre, que te estime, que se enorgullezca de llamarte suya.

Adiós, hermanita mía. Teresa te abraza; los niños te envían un beso, y mil cariños tu hermano

ESTEBAN.

XVII

El Conde de Maceda á Pablo de Hinestrosa.

Madrid, Mayo de 186...

¡Qué lindo estarás haciendo el Nemorinol! ¡Sólo te falta el cayado y el sombrerito de paja con cintas! ¿Ha llegado ya tu Zerlina? ¿ha llegado el charlatán Dulcamara, en su carrito tirado por una mula coja? ¡Pasmosa representación del *L'Élixir d'amore!* ¡Ni aun falta el sargento Belcore, personificado en el fabricante de azúcar, ó sea el zafio Felipe!

Te voy á enviar el cayado coronado de flores, el sombrero pavelo y algunas ovejitas de algodón blanco, de las que venden los alemanes.

Coralia, Elisa, Sofia y Cecilia se han reído hasta ponerse malas, después de leerles yo en voz alta tu famosa é interesante carta; no se la he leído también á Clotilde por consideración al mucho amor que te ha tenido y al que tú le has profesado.

Supongo que te habrás cortado tus largos bigotes y ese cabello que era mi desesperación por su hermosura y abundancia, y la red donde prendías tantos corazones femeninos; supongo que parecerás un capellán de regimiento, y que los paseos á la luz de la luna en compañía de tu vene-

rable abuela te habrán traído alguna ronquera pertinaz y quizá alguna fluxión á los ojos.

¡Santo Dios! ¡qué ridículo me pareces, pobre Pablo! Vuelve, vuelve para vindicarte á mis ojos y los de nuestras amigas; ¡y no me digas que vaya, queriendo seducirme con la promesa de cazar, porque el cazado eres tú, desdichado tonto!

No me opondré jamás á que adores á tu abuela, á que la veneres, á que la estimes en el altísimo precio que debe tener para tí; pero ¿qué conexión hay en eso y hacer el pastorcito, y soñar, y fingirte á tí mismo una candidez y una frescura de impresiones que no puedes tener?

¡Ay, Pablo, confesémoslo con amargura! ¡Nosotros somos los hijos desgraciados de este siglo del oropel y de la miseria! ¡Tú y yo hemos traído á la vida, como lote fatal, la riqueza y la ociosidad! ¡La ociosidad, cáncer de nuestra época, que ha envenenado nuestra existencia para siempre, que nos ha empujado á todos los vicios, á todos los desórdenes que matan el corazón!

¡Si á lo menos matasen también el pensamiento! pero no; ¡éste vive fuerte y potente en nuestras cabezas enfermizas, y las devora sin piedad!

Extraño es, por cierto, que te hable así el hombre que va á casarse con tu hermana; pero ¿á qué engañarte á tí? Sobra con haber engañado á mi madre, santa señora que siempre me ha creído mejor que tú, y aun me tiene por el modelo de los jóvenes: sobrada habilidad he tenido para en-

gañar á mis hermanas, que me aman y me respetan! Mientras vivió mi padre, me creyó asimismo el ideal de los hijos, y este engaño continuo en la intimidad de la vida ha agotado mis facultades de mentir.

Déjame, pues, que sea contigo solamente lo que soy, y no arrugues tu entrecejo de Júpiter Tonante; yo te amo, amo á tu joven y bella hermana, y para vosotros será todo lo poco bueno que aun queda en mi sér después de la deshecha borrasca que ha corrido en el mar de la vida.

Voy á casarme con Eufemia, por las mismas razones que acaso obligaran á rehusar su mano á todos los demás: por sus gustos sencillos y su absoluta carencia de pretensiones; por su modestia, tan natural en ella, y tan rara y difícil de hallar en su sexo; porque su corazón puro no se ha abierto aún al amor, y me amará, cuando sea su marido, sobre todas las cosas. Sí, Pablo; nosotros ansiamos tanto más amor, cuanto ménos podemos dar; y es achaque común de todos los libertinos el desear una mujer pura é inocente, en proporción con su natural gastado; la ceniza busca el fuego; el cieno á la nieve; y muchos millares de criaturas frescas y cándidas como los ángeles, se enlazan cada día al pié de los altares con ancianos decrepitos que aun conservan una engañosa apariencia de juventud.

Ya ves que nada disfrazo del torbellino que existe en mi cabeza, y que la verdad se esculpe

en el bronce de mi fria razón con imborrables caracteres; y á pesar de todo lo que te he dicho, yo amo á Eufemia con toda la facultad de sentir que aun queda en mí, y á ninguna mujer de las que conozco considero tan digna como á ella de ser la madre de mis hijos.

Su natural severidad me encanta, como cosa nueva y nunca conocida en su sexo y pocos años; su absoluta falta de coquetería me responde de su templanza en adelante; su sinceridad, algo ruda, tiene á mis ojos una gracia salvaje y penetrante que me embriaga; involuntaria y sencilla es su hermosura, como la de la flor que brota al pie de una colina con la espontaneidad de la casta naturaleza; su boca, que jamás ha mentido; sus ojos sonrientes, que aun no han llorado ni penas de amor ni decepciones de la vida; su frente, pura y serena como la superficie de un lago; sus abundantes y sedosos cabellos, nunca martirizados por la mano del peluquero; su talle, noble y gracioso como la virgen palmera; todo su sér, rico de juventud, de savia y de vida, exuberante de belleza, virginal y sencillo, pudoroso y cándido, me atrae con un encanto irresistible; como el convaleciente de una larga y dolorosa enfermedad ansía el aire, el sol y las tibias brisas de la primavera, así anhele yo la posesión de tu hermana, y acaso no hay otro hombre en el mundo tan capaz como yo de apreciar lo que ella vale.

Cuando salgo de un salón donde he estado

viendo durante dos horas talles violentos dentro del corsé; mejillas arreboladas, ojos pintados, cabellos postizos y ridículas coqueterías, necesito ir al lado de Eufemia para reconciliarme con la mujer, y contemplar su talle suelto y encantador, su límpida mirada, su rica cabellera y sus modales algo bruscos, pero siempre naturales.

¡Oh dulce, hermosa y embriagadora juventud! Tú no resides ya en los salones ni en los teatros, ni vives con la mujer; las niñas de quince años, pintadas, no son ya jóvenes, y las de veinte no hablan nunca con su voz natural, ni miran ni sonríen más que con estudiada afectación. Tú te has refugiado en Eufemia, y por eso, sin duda, yo la amaba desde que era niña, y para Eufemia guardo un rinconcito en mi alma.

Vuelve, zagal enamorado, para que me acompañes á hacer mi despedida de soltero en casa de Coralia, que me quiere dar el último adiós con una suntuosa cena. Elisa aparenta creer que mi boda no me quitará el derecho de ser su amigo; estas locas muchachas me dan pena, pues realmente yo las quería, aunque se han comido y bebido más de la mitad de mi fortuna.

Si antes de cuatro días no estás aquí, te enviaré el cayado, el sombrerito y un traje completo de Nemorino, para ver si conquistas á la maestra de escuela, ó sea la hada de esos sitios.

GERMÁN.

XVIII

Cintia de Uclés á su madre.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

Aunque ya duermes en el sepulcro, querida madre mía, permíteme que te hable como si aun habitaras este mundo, donde tan sola y desamparada he quedado: á nadie más que á tí puedo abrir mi corazón, ni nadie puede comprenderme en la tierra.

¡Ah! ¿Por qué las madres que se van al cielo no alcanzarán de Dios la gracia de llevarse á sus hijas en el mismo ataud? ¡Qué feliz sería yo á tu lado en ese mundo de luz y de celestial ventura!... ¡Aquí... aquí no puedo ser más infeliz! ¡Ni aun me es dado el consuelo de ir á tu sepulcro para rezar en él, para llorar y adornarle con flores! ¡Tú, madre mía, duermes en tierra extraña, para colmo de mi abandono y de mi dolor!

Sin embargo, la generosa protectora á quien al morir me confiaste, ha puesto ante mis ojos una dulce esperanza: me ha recordado que, aunque el cuerpo repose en tierra extranjera, tu alma inmortal habita el cielo, y me ve, y me oye, y vela por mí.

¡Qué buena, qué noble, qué elevada naturaleza la de tu anciana amiga! Las miserias de la vida

resbalan á su lado sin tocarla y sin empañar su frente, en la que reside toda una vida de pureza y de santidad! Aun hay belleza y juventud en su semblante venerable, guarnecido de plateados cabellos, más suaves que la seda, abundantes y finos como los de una niña: sus grandes ojos tienen la mirada tranquila, límpida y valerosa de los séres que miran más allá de esta vida: su boca ha conservado la más bella dentadura, y cuando deja su acostumbrada expresión de tristeza para dar paso á una sonrisa, parece que aclara los horizontes de mi oscuro porvenir: hay en ella algo de divino, y si bien aconseja y consuela, la veo elevarse sobre todo lo ruín y miserable, sin combatirlo siquiera, como un ángel replegaría sus alas para no mancharlas con el cieno.

A pesar de todo, madre mía, sufro al lado de este sér superior, y bien puedo decir con el divino Jesús á quien tanto amabas: —«¡Mi alma está triste hasta la muerte!»

Porque tú, madre mía, eras mi única y tierna amiga, mi confidente, mi protectora, mi solo amor sobre la tierra; nuestros ojos se comprendían con una mirada; nuestras almas eran hermanas... ¡Cuán aislada me siento en este inmenso castillo que tú no habitas! Sé, no obstante, que has estado en él, y busco todos los sitios donde me dicen que tú te sentabas á leer y á bordar: la Marquesa, á instancias mías, me ha dado el gabinete que ocupaste; pero por la noche viene á dormir en una

cama que le preparan junto á la mía, y este solo rasgo te dirá hasta dónde llega la extrema bondad de su corazón, cuando, á su edad, deja su habitación para no privarme de la mía.

He estado bastante mala después de llegar aquí, y la Marquesa no se ha separado de mí: hace tres días que, hallándome ya mejor, mandó el médico que me levantara y que me sentaran en un sillón al lado de la ventana, entoldada de flores: así se hizo; pero era tal mi debilidad, que, apenas sentada allí, me quedé como aletargada.

Abrí los ojos á beneficio de unas cuantas gotas de éter que acercaron á mis labios, y ví que era una mano varonil la que me había dado la medicina: en efecto, un hombre joven y apuesto se hallaba inclinado hácia mí y espiaba en mi rostro los efectos del éter; en sus ojos negros se leía el interés y la ansiedad; la Marquesa se apoyó en el otro brazo del sillón.

—Vamos, señorita, eso no es nada, dijo aquel hombre con una voz dulce y sonora, pero contenida y templada á medida de la debilidad de mi oído: ¡valor!

—¿Cómo estás, hija mía? preguntó la Marquesa; si puedes, vas á darme el gusto de tomar un poco de alimento; mi hijo Pablo te lo ruega también... estás en extremo débil... Vé, hijo mío, y encarga que traigan un poco de caldo.

El llamado Pablo se enderezó, y entonces ví su alta estatura y su figura gallarda y arrogante;

como un niño obedeció á la Marquesa, pero no se contentó con mandar traer caldo, sino que él mismo lo trajo y me lo presentó.

Quise yo tomar la taza de su mano, pero la mía estaba tan débil, y la taza de porcelana pesaba de tal modo, que estuve para dejarla caer.

Entonces Pablo la tomó y la acercó á mis labios, con el mismo amor y cuidado con que tú lo hubieras hecho, madre mía.

Desde entonces me acompaña, y cada día me trae un ramillete, me da libros con estampas y procura distraerme hablándome de Italia, como lo haría con una niña.

Ayer la Marquesa me dijo que iba á llevarme á paseo en carruaje, porque me hacía falta aspirar el aire libre. Pablo colocó por sí mismo dos almohadones en la berlina y me ayudó á subir; la Marquesa subió después y me arropó maternalmente con una capa; luego dijo á su nieto:

—Vamos á casa del cura; ¿no nos acompañas?

—¡No, no quiero verla! respondió él con una voz que temblaba.

La Marquesa suspiró y guardó silencio.

—¿Quién será esa persona á quien no quiere ver? me preguntaba yo con una curiosidad que á mí misma me parecía extraña.

Cuando llegué á la casita del señor cura, situada al pié de una colina y á poca distancia de la aldea, comprendí quién era *ella*.

A la puerta, y sentada bajo un toldo de lilas,

pámpanos y madreSelva, una joven trabajaba en un encaje de crochet; yo no podía ver al pronto más que su hermosa cabellera y la gracia púdica de su cuello inclinado; pero al instante conocí que era *ella* á quien Pablo no quería ver, y me confirmé en esta idea al verla mejor.

Cuando el ruido del carruaje llegó á sus oídos, alzó la cabeza, dejó la labor y voló á nuestro encuentro. ¡Oh mamá, qué criatura tan maravillosamente bella! ¡qué gracia, qué frescura, qué distinción tan natural!... Sus grandes ojos azules, llenos de vida y de luz, se fijaron desde luego en mí, y exclamó:

—¡Ah señora Marquesa! ¡qué felicidad! ¡No solo veo á V., sino también á la señorita Cintia! Sí, yo la conozco á V., señorita, añadió al observar mi asombro, como conozco, amo y respeto todo lo que pertenece á la señora Marquesa; ya está usted mejor, ¿no es verdad? ¡Dios mío, cuánta pena he pasado por usted! ¡Gracias al cielo que ya puede salir! El aire de Mayo es muy puro y sano, y la reanimará.

La voz de la joven era enteramente musical; la Marquesa la abrazó con ternura y le dijo:

—Eres una amable niña, mi querida Modesta, y mi hija adoptiva te amará como yo.

Modesta me ayudó á bajar del coche, y apoyada en su brazo dió un corto paseo por el jardinito del señor cura, que no se hallaba en casa, ni su hermana tampoco.

Siempre que me ocurra algo notable, te escribiré, madre mía; aunque estás en el cielo, me oyes y me ves; sin esta seguridad me desesperaría.

Adiós, mi buena madre; ya ves que estoy mejor; sé, pues, completamente dichosa á los piés del trono del Señor, y bendice cada día á tu amante hija

CINTIA.

XIX

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

«Yo nací perezoso, borracho y ladrón, dice Sócrates; pero la educación corrigió todos estos defectos, y hoy me tengo, no sólo por un hombre honrado, sino también por un hombre que se eleva sobre la vulgaridad de la multitud.»

¿Por qué, pues, amiga mía, niegas que los defectos y aun las más fatales inclinaciones se puedan modificar y corregir? ¿Por qué has querido llenarme de dolor con tu última carta? La impresión que su lectura me causó fué tan profunda, que he tenido que dejar pasar dos meses antes de contestarla, á fin de que mi respuesta no destilase amargura.

La mano de Dios va á enlazar los destinos de

ese hijo tuyo, á quien crees modelo de todas las perfecciones morales, y de mi nieta, á quien con sobrada crueldad calificas de prosaica, soberbia é incapaz de amar; veremos, sin embargo, quién, en el camino que van á emprender juntos, da pruebas de más valor, de mayor nobleza, de más completa abnegación.

Por ventura, uno de los cargos que haces á Eufemia, es creerla *completamente irreprochable*: esa exagerada perfección es una de las mayores garantías de dicha que pudieras desear para tu hijo.

No me es posible abandonar á los míos, ni ir, por lo tanto, á tu lado, como deseas: mis hijos son dos enfermos morales á quienes debo cuidar, pues soy en el mundo el único guarda fiel y vigilante de su felicidad. Eufemia vendrá á casarse aquí, y Pablo dejará también en la capilla de Valflores su libertad de soltero, para trocarla por el título de esposo.

Sí, Gertrudis; Eufemia adquirirá delante de Dios el título de Condesa de Maceda, al mismo tiempo que Pablo se unirá á la joven Marquesa de Uclés, de quien soy tutora y á quien tengo en mi compañía.

Comprendo cuánto te admirará la noticia de esta boda, que ha sido pensada y decidida en el espacio de pocos días: mi pupila se ha apasionado de Pablo con toda la vehemencia del primer amor y de una imaginación exaltada por el cielo de Ita-